

Felipe II El Escorial; Escalona, primer escalón de Gredos con el fantasma de Don Alvaro de Luna vagando por las cumbres; después Casar de Escalona, Santa Olalla, la Santa que Federico García Lorca cantó en aquellos sangrantes y sensuales versos:

El Cónsul pide bandeja  
para los senos de Olalla,

Almorox y, por fin, Aldeancabo de Escalona.

tan fácil de encontrar en cualquiera de nuestros campesinos.

Pues bien: en Aldeancabo de Escalona, 800 habitantes y a 60 kilómetros de Toledo, vivió durante larga temporada Don Jacinto Benavente. Tenía allí unas viñas y en la viña una casita nombrada «Villa Rosario».

Allí Don Jacinto conoció y sintió el latido casi volcánico de esta región. Se pararía a meditar que allí y sólo allí se podía estudiar, sentir y asimi-

tal y primitiva de aquellas gentes el sentido vital de su existencia, y deslumbrado, azuzado, debió ponerse a escribir y a pensar día y noche como un obseso a quien se le escapasen las ideas y las palabras, las dos obras predilectas de su extensa producción. Las dos obras, «Señora Ama» y «La Malquerida», donde Dominica, Feliciano, Acacia, Raimunda, Esteban, el Rubio, es decir los hombres y las mujeres de Benavente son más hombres y más mujeres que en ningún otro sitio. Seres rapados, de artificialidad, desnudos, sin hojarascas, ni barnices brillantes y superficiales. Así son los labradores de Castilla que Benavente conoció. Conoció sus costumbres, su manera de hablar, de expresarse. Sólo así, conociendo, se puede escribir.

Todo fué tan humano y tan real, que hoy y mañana seguirán siendo sus personajes lo mismo que fueron ayer.

El tema en manos y cerebros geniales es lo que menos importa. Importa el ritmo angustioso, acelerado y en «crescendo» del diálogo, un diálogo plagado de modismo y decires locales, rápido, recio y sin concesiones; importa la justeza y distribución del tiempo, la mecánica, la carpintería teatral, el aire, el ambiente, la exposición escueta y ayuna de metáforas, los gritos, el pueblo y el coro enlutado y lloroso de las viejas comadres.

Importa en «Señora Ama» y «La Malquerida» más el «aire» de Toledo que el «mal querer» de la del Soto, y el tolerante «dejar hacer» de «la» Dominica.

Benavente en Aldeancabo. Benavente en «Villa Rosario».

Y hoy, cuando exactamente hace un año que murió el maestro, y todo el mundo pareció quedarse sorprendido ante la aparición de una persona que se acercó a besarle en su lecho de muerte porque era su padre, comprendemos mejor a Don Jacinto, a su obra, su amor y ternura, y comprendemos como nunca cuánta clarividencia y cuánto afán debió poner al servicio de aquellas dos obras del campo toledano para que fueran también, con otras cosas, las tres mejores obras de su vida. Obras inspiradas en lo más viejo y en lo más nuevo del mundo: el amor.

FRANCISCO ZARCO



Aquí es precisamente donde queríamos llegar para comprender a esa Acacia que sufre, calla, obedece y ama lo prohibido. La compleja Acacia de «La Malquerida».

Seres recios, cejijuntos y de reacciones y sentimientos elementales como las tierras de Aldeancabo.

Aquí se comprende como en ningún otro sitio, esos caracteres y esas actitudes. Esa violencia soterrada, esa adustez, esa complejidad mental, mezcla de orgullo resabio y suceptibilidad

lar el carácter, los sentimientos, el lenguaje, el léxico peculiar de esas gentes. Y allí el gran dramaturgo escribió las mejores páginas de su vida.

En Aldeancabo, Benavente debió conocer a muchas personas... e incluso debió despertar el cerebro, al sentir su cuerpo esa convulsión vital tan adormecida cuando se habitúa uno a la penumbra pegajosa de los salones aristocráticos de la Castellana.

Allí Benavente debió ver la luz de la vida, sentir él, en la pasión elemen-